

Enzo Traverso, *Mélancolie de gauche. La force d'une tradition cachée (XIX^e-XXI^e siècle)*. Paris: Éditions La Découverte, 2016, 232 pp.

Que el historiador italiano Enzo Traverso guarda un vínculo especial con la obra del pensador judeo-alemán Walter Benjamin (1892-1940) es algo ya constatado. Hemos visto crecer esta relación intelectual a través de la fértil actividad historiográfica que Traverso ha desarrollado a lo largo del tiempo. Imaginamos que no poca culpa de esto recae en el filósofo franco-brasileño Michael Löwy, director de tesis de Traverso en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París, y uno de los más lúcidos intérpretes de las conocidas como *Tesis de filosofía de la historia benjaminianas*. Ahora, con ocasión de una de sus últimas publicaciones –aún inédita en España–, Traverso fortalece su diálogo con Benjamin. Lo hace, además, de una manera explícita, desde el mismo título de su obra, y es que la expresión *melancolía de izquierda* fue acuñada en 1931 por el filósofo alemán con motivo de su reseña de un poemario de Erich Kästner.

En la valoración de la obra de Kästner leemos una dura crítica a uno de los intelectuales más destacados de la época de Weimar, al que Benjamin acusaba de coquetear con una suerte de nihilismo –la melancolía de izquierda justamente–, inoculado en buena parte del progresismo alemán, que resultaba inoperante en el ámbito de la acción política. En su nueva obra, de la que dispondremos una edición en castellano para finales de este mismo año, Traverso recoge dicha expresión para desentrañar el rol que desempeña la memoria en la cultura de izquierda en general y en la teoría marxista en particular.

Para lograr su objetivo, esboza los trazos de una cultura política dominada por la melancolía evocando encuentros fructuosos y/o conflictivos entre pensadores marxistas a través de la palabra escrita y la imagen cinematográfica. Se trata de un intento –muy bien logrado– de reconstituir la concepción marxista de la memoria o, mejor dicho, de reflejar cómo afectó aquello que simboliza 1989 a la teoría y la práctica marxista. Con el propósito de dar rostro a esta tradición oculta y silenciada, Traverso, actual docente en la Universidad Cornell de EE.UU., aprehende ciertos hitos históricos y sus principales protagonistas, una melancolía inextricablemente unida a las luchas sociales, con sus esperanzas, utopías y frustraciones, emociones que han acompañado al movimiento socialista como el doble dialéctico del éxtasis revolucionario (p. 10), pero que han adquirido en los últimos decenios una significación diferente.

Al lado del relato épico sobre el triunfo del socialismo, presente de manera abrumadora durante el estalinismo, Traverso atestigua otro relato paralelo: el de las dolorosas derrotas políticas que, tras 1989, adquieren una nueva significación alejada de la idea tradicional de la dialéctica marxista de la derrota. Si esta tomaba la forma de una teodicea secularizada que creía en la consecución de la victoria final pese al encadenamiento de derrotas sucesivas (p. 69), el desmoronamiento del bloque soviético llevó aparejado la parálisis y la acedia fruto del descrédito en el que se vio sumido el marxismo tanto en su dimensión teórica como práctica. Lo que se propone Traverso en la obra que reseñamos es reencontrarnos con la fuerza de esta tradición perdida, la de una melancolía que apela a la acción.

Ahora bien, ¿por qué decimos que Benjamin parece deslizarse invisible entre las líneas del texto de Traverso, como si de un palimpsesto se tratara? Basta con atender a la conceptualización que hace el historiador italiano de la noción de melancolía de izquierda que, como ya he señalado, es una expresión del propio Benjamin. Revelada – que no creada– tras 1989, se inscribe en la tradición de derrotas que había jalonado la historia de las revoluciones (la Primavera de los Pueblos, la Comuna parisina, la revolución espartaquista, la vía chilena al socialismo), pero la de 1989 produce una sensación distinta: mientras que lo ocurrido en 1848, 1871, 1919 y 1973 parecía revestir un aura gloriosa pese a la tragedia, en 1989 no hay honra posible, solo desengaño por las promesas de emancipación que se desvanecían. Ahora bien, esta melancolía de izquierda no implica el abandono de una idea de socialismo que tiene como esperanza una sociedad mejor, sino que apela a repensarla en una época de revisionismo historiográfico, político y mediático que ataca y silencia su memoria, que esconde y camufla, en definitiva, gran parte de las más bellas conquistas que la clase obrera/subalterna –ponga el adjetivo más acorde a su posicionamiento– otorgó a toda la humanidad. Qué duda cabe de la influencia benjaminiana en la lectura de Traverso de una melancolía de izquierda que no debe limitarse a llorar una utopía perdida sino a lograr su reconstrucción (p. 23).

Traverso traza diversas genealogías de la melancolía por medio de su etimología psiquiátrica, a través de la figura de Freud; pictórica, por medio de las obras de Durer y Da Vinci; iconográfica, gracias a Tatlin y el realismo soviético; y cinematográfica, expresada en la filmografía de Angelopoulos, Visconti, Pontecorvo, Loach, Castillo o Guzmán. No obstante, es la dimensión filosófica y política de Ernst Bloch y, ante todo, de Walter Benjamin, la que adquiere mayor importancia en *Mélancolie de gauche*. Fue precisamente este último quien, en *El origen del Trauerspiel alemán* (1924-25), interpretó la melancolía como un nuevo paradigma epistemológico.

Para el historiador italiano, las antinomias de Benjamin nos permiten distinguir las singularidades particulares de la melancolía comunista, estigmatizando la acedia de los historiadores que se identifican por empatía con las clases dominantes, idea que subyace en la crítica benjaminiana al historicismo, así como en su reclamo de una nueva concepción de la historia y de una acción política revolucionaria –interpreta muy lucidamente Traverso– que tenga un doble objetivo innegociable: reactivar el pasado y transformar el presente. Contra el derrotismo-en-el-presente propio de la socialdemocracia alemana, que ponía todas sus fuerzas en el “a partir de ahora”, Benjamin se apoyó en el concepto de redención para forzar la ruptura de la temporalidad histórica y valorar así la aparición de lo imprevisible; redimir es, pues, dar voz propia al pasado de los vencidos e impedir que el enemigo, que no ha dejado de vencer, les impida estar a salvo incluso después de muertos. El historiador debe cumplir con su papel.

Pues bien, Traverso percibe una robusta ligazón entre la melancolía –a la que dedica un capítulo en su vertiente poscolonial– y el recuerdo del pasado siempre –y esto es fundamental– como precedente de su redención revolucionaria. Por este mismo motivo Benjamin cargó, más de ocho décadas antes, contra la conceptualización de la melancolía como un sentimiento o una actitud vacía de contenido político; antes bien,

estimula su capacidad crítica y espolea su inconformismo contra la creencia que identifica el orden actual de las cosas como el único posible o deseable.

La memoria del proyecto de transformación social transmitida por el marxismo estaba íntimamente ligada al desarrollo y supervivencia del mismo, de tal modo que, cuando la historiografía marxista, de marcado carácter teleológico en su visión más ortodoxa, se desprendió de su dimensión utópica, el marxismo dejó de ser el vector de transmisión de la memoria de la clase que había espoleado, de las luchas emancipadoras y de las revoluciones. Es por este motivo que Traverso afirma que la utopía ha dejado de ser el lugar de la esperanza futuro o el lugar del no-todavía para pasar a ser, simplemente, un lugar que ya no existe más, pero que debe ser inventado de nuevo en nuestro siglo (p. 144).

Es necesario recordar, como hace Traverso, que la melancolía de izquierda no pertenece al relato canónico del comunismo sino a una tradición escondida que podemos adecuar mejor con los proyectos negados, a menudo por medio de la violencia represiva, de múltiples hombres y mujeres –teóricos y de acción– que nos han precedido: Blanqui, Luxemburgo, Benjamin, Gramsci, etc. Por ello, dicha melancolía es, en última instancia, uno de los sentimientos de la acción revolucionaria (p. 218), que germina desde el duelo enriquecedor y que genera aquella débil fuerza mesiánica de la que hablaba Benjamin, capaz de crear alternativas y romper el *continuum* de la historia, este presente eterno.

El *boom* memorial coincidió con la decadencia del marxismo como *corpus* teórico y el descrédito de los proyectos políticos de inspiración comunista. Sin embargo, como señala Traverso, el marxismo había prescrito una determinada actitud memorial basada en la necesidad de inscribir los acontecimientos del pasado dentro de la conciencia histórica con el fin de proyectarlos hacia el futuro. Pero esta lógica interna se quebró, como hemos visto, en 1989. El fin del bloque antagonista soviético convirtió la tensión entre pasado y futuro en una dialéctica negativa caracterizada por una visión melancólica de la historia como rememoración, de forma que en el tránsito del paradigma social –en el que el marxismo había desempeñado un papel muy fructífero– al paradigma memorial que creció con fuerza inusitada en la última década del siglo XX, el marxismo pareció quedar obsoleto como metodología de análisis social.

En el paso de un paradigma historiográfico a otro se generaron lecturas originales que se salían de lo normativo. Un ejemplo de esto es Daniel Bensaïd, protagonista del Mayo parisino y autor de *Walter Benjamin, sentinelle messianique* (1990), un libro escrito febrilmente –afirma Traverso– que, cincuenta años después de la muerte del filósofo alemán en Portbou, aparecía como un intento de renovación ideológica de la izquierda radical a través del acercamiento a un autor hasta entonces olvidado (p. 192). Con el Muro de Berlín recién derruido, el corto siglo XX tocaba a su fin, y Bensaïd veía en la obra de Benjamin un principio de inteligibilidad que, más allá de su dimensión estética –la única que hasta entonces había gozado de atención por parte de sus intérpretes– remitía a su carácter eminentemente político.

Lo hacía, además, secularizando su pensamiento, subrayando la dimensión revolucionaria del mesianismo benjaminiano, y con una novedad absoluta: recogía la

heterodoxa interpretación de Benjamin de la revolución como freno de emergencia de la historia y no como su aceleración. La aceptación de esta idea por parte de uno de los más afamados revolucionarios del París de 1968 debe entenderse en el contexto de la caída del bloque soviético; sin que esta se hubiera producido, difícilmente habría triunfado en la mente de un hombre como Bensaïd la conceptualización benjaminiana de la revolución. Este cambio es, precisamente, el que refleja Traverso en *Mélancolie de gauche*.

En definitiva, parece que vivimos en la época de un segundo desencantamiento donde el asalto a los cielos se antoja cada vez más difícil y el avance de las injusticias sociales y la desigualdad económica revela un capitalismo que únicamente puede ser voraz, que esclaviza a la persona y que ciega la mínima ética. Una sociedad que desconoce el sufrido origen de sus derechos y que padece de un conformismo social que en el ámbito historiográfico se traduce en burda manipulación revisionista, a la que se prestan con servilismo intelectual y bajeza moral cuantos defensores existen de este sistema que estrangula la vida digna, ya sean estos académicos infaustos, tertulianos vergonzantes o políticos ajenos a la decencia aun en su grado más superficial. Son tiempos en los que la historia del comunismo ha quedado reducida a su dimensión totalitaria y el antifascismo no solo no es reivindicado sino que, en numerosas ocasiones, es o bien censurado o bien publicitado, dentro de esta lógica macabra de la maldita y falsa neutralidad y lo políticamente correcto, como la otra cara de la violencia de la extrema derecha, como si también el antifascismo tuviera que ser superado. De esta desesperanza surge la melancolía.

Ahora bien, es una melancolía omnipresente en la cultura política de izquierdas que no entenece de manera paralizante –“el corazón eterno se compadece pero no se ablanda”, escribió Hölderlin– sino que, lejos de mostrarse conformista pretende redimir las esperanzas frustradas. Siguiendo a Benjamin en su artículo titulado “El surrealismo” (1929), la función del revolucionario es organizar el pesimismo, una premisa que nada tiene de fatalista y mucho de compromiso. Al fin y al cabo, y tal y como lo expresó Gramsci, otro gran renovador heterodoxo del marxismo, la única predicción científica que podemos asumir como válida es la imperiosa necesidad de la lucha continua.

Jorge Garcés González
Universidad de Zaragoza
jorgegarces92@hotmail.com

Fecha de recepción: 27 de abril de 2018.

Fecha de aceptación: 8 de junio de 2018.

Publicación: 30 de junio de 2018.